

EDITORIAL

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Libre comercio contra la libre diplomacia

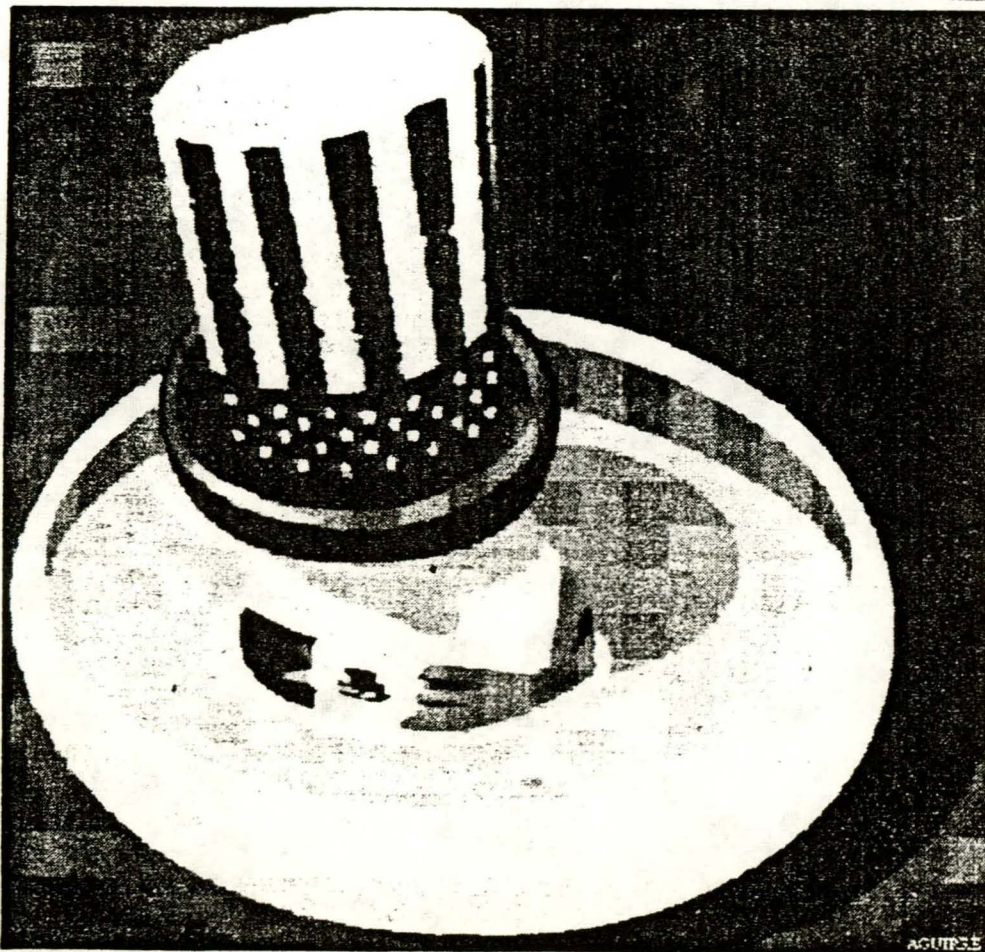
Sin saberlo quizá, y sobre todo sin quererlo, el embajador Dimitri Negroponte cree en una de las recetas marxistas hoy en desuso, la que dice que la infraestructura determina a la superestructura; es decir, que la economía dicta lo que debe ser la política, el derecho, la diplomacia. Cree que si México es dependiente en su comercio de los Estados Unidos, también debe serlo en su política exterior.

Lo malo no es que lo crea. Lo malo es que lo diga. Que lo diga por escrito. Y que el mensaje donde implica esa idea haya sido indiscretamente sacado a la luz pública por un diligente reportero, que ha provocado un leve y sordo incidente entre los gobiernos de los dos países, cuyo alcance y trascendencia están todavía por ser determinados.

Esta es la historia:

Durante abril el embajador Negroponte estuvo muy ocupado. Varias delegaciones de congresistas vinieron a México y tuvo que ocuparse de ellas. La más importante de ellas estaba encabezada por Sam Gerphart, el líder demócrata de la Cámara de Representantes, que vino a conocer de cerca la situación que le permitiera normar su criterio, ante la cercana votación respecto del "fast track".

Gerphart visitó al Presidente Salinas y recibió, en la propia embajada norteamericana, a Cuauhtémoc Cárde-



nas. todo para estar seguro de no dejar de lado ninguno de los puntos de vista sobre la cuestión. Se fue cuando terminaba abril. Por añadidura, cuidados personales ocupaban también la atención del embajador: su señora esposa cayó del caballo en que se ejercitaba y padeció varias fracturas.

Por eso, a lo que alude en su mensaje, Negroponte demoró en atender un pedido del subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Bernard Aronson. Por fin, pudo dedicar el último fin de semana de abril a prepararlo, y lo remitió, probablemente el lunes 29 o el martes 30. El memorándum ostenta la calificación de confidencial... pero el corresponsal de la revista *Proceso*, Carlos Puig, obtuvo en Washington una copia, y su reproducción facsimilar, con la traducción respectiva, apareció en dicho semanario el lunes pasado, 13 de mayo.

De modo familiar, Negroponte llama "Bernie" a su jefe directo y se disculpa por no haber contestado antes sobre el Tratado de Libre Comercio, "pero —explica— hemos estado empujados con delegaciones congresionales, por no mencionar un par de preocupaciones personales". Casi a continuación describe la evolución reciente de la política exterior mexicana.

Según su juicio: "México está en el proceso de cambiar dramáticamente la sustancia e imagen de su política exterior. Ha ido de una visión ideológica, nacionalista y proteccionista, a una visión de los problemas mundiales más pragmática, competitiva y hacia afuera. El factor que obligó a ese cambio fue el fracaso de la política previa para responder a las necesidades del pueblo mexicano, pero el mejor y más responsable liderazgo político fue, claramente, un factor indispensable".

Tras el diagnóstico sobre la diplomacia, y el elogio al grupo gobernante, Negroponte traza en breves líneas su visión sobre el cambio económico:

"Concurrente con el reemplazo de la demagogia tercermundista, por un internacionalismo responsable, existió la decisión de reformar la economía interna para hacerla más abierta a la

inversión extranjera y la competencia.

De ahí vinieron privatización, revisión de las reglas de inversión y un genuino giro en las actitudes ante la inversión extranjera en la mayor parte de los sectores de la economía. Otra vez, el factor clave fue la necesidad de crear condiciones de confianza empresarial y crecimiento económico que respondieran mejor a las necesidades de los mexicanos".

Hasta allí, el embajador se refiere a realidades, examinadas con su propio punto de vista, que coincide puntualmente con las explicaciones oficiales sobre sus programas de gobierno. Pero enseguida, al vincular esa realidad presente con la que está por venir, Negroponte expresa opiniones sobre efectos del TLC que aún están por verse, y sobre todo descubre propósitos norteamericanos no expresados.

Sorprendentemente, la perspectiva del embajador es la misma en que se colocan los críticos de izquierda del tratado, aunque por supuesto lo que a Negroponte le parece deseable es lo que provoca el rechazo de ese segmento mexicano. El claro enunciado es tan contundente, que la revista *Proceso* lo empleó para su portada como la frase clave de todo el documento: "El tratado de libre comercio institucionalizaría la aceptación de una orientación estadounidense en las relaciones exteriores de México". Pero si de suyo esa afirmación no deja lugar a dudas, metida en el párrafo correspondiente cobra toda una dimensión abrumadora.

"El prospecto del TLC debe ser visto en el contexto de esas tendencias reformistas que comenzaron a mitad de los ochenta y que fueron aceleradas dramáticamente por Salinas cuando tomó el poder en 1988. La propuesta de un TLC es de alguna manera la piedra que culmina y asegura estas políticas.

"Desde una perspectiva de política exterior, un TLC institucionalizaría la aceptación de una orientación estadounidense en las relaciones exteriores de México. Sólo piensa en cómo esto contrasta con comportamientos pasados. Previamente, como ahora, 60 ó 70

por ciento de los negocios mexicanos eran con Estados Unidos, pero si nos escuchabas en un debate en la ONU o discutiendo Centroamérica, hubieras pensado que éramos archienemigos.

"El hecho de que la mayor parte de los tratos de México con el exterior eran con Estados Unidos fue enmascarado cuidadosamente a través de varios mecanismos de defensa. En cierta manera, la adopción de un TLC nos ayudaría a poner en forma abierta y legítima lo que muchos sienten debería ser la relación entre México y Estados Unidos hace mucho tiempo".

Relea de nuevo el lector el párrafo anterior, para evitar el apresuramiento. Concluirá conmigo en que el embajador dice, en traducción llana, que la relación entre los dos países, en política exterior, debe ser reflejo de la comercial, es decir, debe México sostenerla principalmente con Washington, sin enmascararla con mecanismos de defensa. Es decir, la diplomacia mexicana debe ser orientada por los Estados Unidos.

Al día siguiente de publicada esa información, el secretario de Relaciones Exteriores viajó a Guanajuato. Entre muchos ritos burocráticos, se ha puesto en boga que un miembro del Gabinete firme, en nombre del gobierno federal, el convenio único de desarrollo con el gobierno de cada estado.

A don Fernando Solana le correspondió también hacerlo, y se encontró en la capital guanajuatense con el gobernador Rafael Corrales Ayala. El canciller aprovechó el discurso de circunstancias que es obligado, para formular planteamientos que parecían respuesta a la posición de Negroponte, aunque por supuesto sin referirse al hecho en concreto. Dijo que México "no permite que con el pretexto de la internacionalización se incida desde afuera en cuestiones que sólo a los mexicanos competen".

Después de la firma, de acudir a un acto académico en la Universidad local y de inaugurar en León una oficina de la Cancillería para su programa de descentralización, Solana regresó a



Tlatelolco. El lunes y el martes las cámaras federales habían sesionado pero, al contrario de lo que ocurre en situaciones semejantes, en que recortes de prensa bastan para encender ruidosas discusiones, nadie parecía haber leído **Proceso**, aunque es una de las revistas de mayor circulación y presencia en la sociedad mexicana.

Tal vez por eso, la Cancillería sintió la necesidad de salir al paso de modo más franco al documento de Negroponte. A esa hora, por lo demás, ya se hubiera producido un desmentido, en caso de que se tratara de una superchería de la revista, es decir, en caso de que el documento no existiera. Pero al no manifestarse sobre él, la embajada lo convalidaba y hacía necesaria una toma de posición.

“La política exterior mexicana —dice el comunicado B-629, titulado ‘Presiones de la Secretaría de Relaciones Exteriores’— está basada en nuestra experiencia histórica y es reflejo fiel de los principios y los intereses de nuestra nación. Es un continuo que tiene su trayectoria en la historia misma de México. Por lo tanto, su determinación corresponde única y exclusivamente a los mexicanos, que hemos trabajado siempre en favor de relaciones respetuosas y de amistad con todos los pueblos del mundo, especialmente con nuestros vecinos del sur y del norte en el continente”.

Las frases, que podían sonar a vacío cobraban sentido si se tenía presente que se trataba de una referencia expresa “a la divulgación hecha por un seminario de circulación nacional, de un memorándum confidencial que se publica como del embajador de los Estados Unidos de América en México al subsecretario de Estado, lo que no ha sido desmentido”.

En este contexto, el comunicado asegura que “el gobierno de México considera absurdo cualquier supuesto de que con la negociación de un tratado de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá se pudiera modificar la orientación y el objetivo fundamental de (la) política (exterior) que es, precisamente, la defensa y fortalecimiento de la soberanía nacional”.

Fue muy contundente la Cancillería al asegurar que “en ninguna circunstancia, México permitiría que se negociara con su política exterior”.

Y allí estaba, a juicio nuestro, el error de enfoque de Tlatelolco. El mensaje de Negroponte no “revela” ninguna negociación sobre nuestra política exterior, y mucho menos “acusa” de ello al gobierno de México. Simplemente describe la consecuencia, natural y lógica en opinión del embajador, que tendrá para la política exterior la firma del tratado de libre comercio. Cuando una persona toma una aspirina para remediar un dolor de cabeza, no quiere tener el dolor de estómago que el medicamento puede causarle. Si lo causa, es una pura consecuencia de la decisión de curar el primer mal.

La valiosa contribución prestada por Negroponte (en sentido contrario a su propia voluntad, naturalmente) a los opositores al tratado, no será bastante para frenarlo. Pero será útil para insistir en una cuestión frente a los interlocutores norteamericanos: si esperan efectos políticos adicionales al comercio mismo es probable que los consigan, pero no sería por mucho tiempo, pues si el tratado afecta adversamente, en cualquier sentido, principios e intereses importantes, nadie podrá sostenerlo, por más “institucionalizada” que esté la “orientación” norteamericana sobre México.